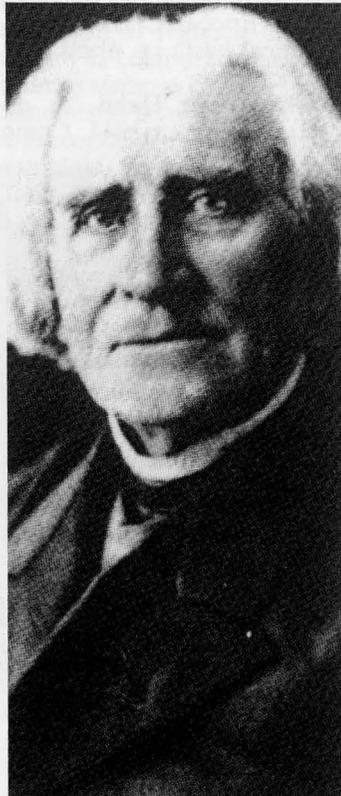


## LISZT, FIGURA Y SÍMBOLO DEL SIGLO ROMÁNTICO, por Federico Sopeña Ibáñez

No existe vida más significativa hasta en el hecho de morir después de oír «Tristán» en Bayreuth, donde está enterrado y en tumba no ostentosa. Los dos grandes capítulos, la obra y la correspondencia, son necesarios, imprescindibles para palpar en el corazón de Liszt el corazón del siglo. Pongo paralelamente las dos necesidades, porque el apuntar excesos de retórica, de «impureza» si se quiere en la obra de Liszt, viene empujado, exigido, por su total apertura tanto a las barricadas de 1830 como a las corrientes místicas que afloran con motivo del primer Concilio Vaticano: son corrientes, movimientos de opinión que florecen en el piano de Liszt y desde ellas se lanza el virtuosismo a las mayores audacias pero reteniendo siempre la gran dosis de «espiritualidad». Que pueda decirse que en el siglo XIX la música es concepción del mundo, se debe en grandísima parte a Liszt, a su generosidad, a su respuesta no ya a llamadas concretas sino a primeras sugerencias como en el caso de Albéniz. Piénsese, por ejemplo, en las vueltas y revueltas que ha dado Liszt al tema del «Fausto», tanto en el piano como en la orquesta, tema que con su mezcla de misterio/magia y de exasperado humanismo está clavado como una cruz y una gloria en el costado más sensible de la música romántica.

Liszt inaugura algo que hoy

nos parece normal: el pianista solo, sólo con el piano ante un inmenso auditorio. Imaginémonos la escena teniendo como marco la Scala de Milán. El público de entonces, el público de toda Europa, era solo multitud para la ópera italiana, la de Rossini, Bellini y Donizetti primero: la de Verdi, después. Liszt hace de la necesidad virtud y a través de transcripciones y paráfrasis —la de «Rigoletto» a la cabeza y años más tarde la de «Tristán»— consigue que los



locos de la ópera italiana trasladan la locura a ese piano. En mi libro sobre «El lied romántico» he señalado lo siguiente: los *lieder* de Schubert o de Schumann veían impedida su entrada en los salones por la moda de la romanza, sentimentaloides o pajarera: pues allá va el piano de Liszt y también gana su batalla llevándolos en el piano. ¿Nos damos cuenta de que Liszt ha sido capaz de transcribir para el piano nada menos que la «Sinfonía fantástica» de Berlioz? Es el piano orquestal, es el piano total. Liszt joven, escribe a Pichet: «*Quizá pueda hacerme ilusiones con este misterioso sentimiento que me liga al piano pero es necesario tener en cuenta la importancia de este instrumento. En la jerarquía de los instrumentos ocupa para mí el primer puesto, es el más popular y cultivado de todos y debe esta importancia y esta popularidad a esa potencia armónica que es su característica exclusiva, potencia que le confiere la facultad de concentrar y de resumir el arte entero. En el espacio de siete octavas abraza la extensión de la orquesta y los diez dedos del hombre son suficientes para crear la armonía producida por el concurso de cien instrumentos concertantes. A través de su función de mediador se difunden obras que permanecerían ignoradas o poco conocidas*». Las suyas pasan del centenar: el resumen de un siglo.